



# ARTE - HISTORIA FILOSOFÍA Y LITERATURA EN RELACION CON LA MEDICINA

## UN MÉDICO CERVANTISTA EN CASTILLA

por el

Doctor RAFAEL NAVARRO GARCIA

De las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando.

Según frecuentemente se ha aseverado, los médicos de talento suelen desbordar sus disciplinas profesionales para dilatarse por los amplios de toda suerte de cultura. Ya dijo don JOSÉ DE LETAMENDI, exponente cumbre de esa verdad, en un vulgarizado aforismo que «de médico que no sabe más que Medicina, ten por seguro que ni Medicina sabe», y que al médico sabio, como tal, le es más fácil polarizarse a otras sabidurías, ya que las ciencias médicas abarcan, más que ninguna otra, los más variados aspectos del conocimiento en lo especulativo, en lo experimental y aun en el arte.

Citado el caso genial de LETAMENDI, que, aparte de ser tan insigne médico y maestro desafiado inconscientemente por las nuevas generaciones, era filósofo, poeta, filólogo, humanista, músico y pintor, aún iluminan la historia contemporánea de la cultura española extramédica los nombres de RAMÓN Y CAJAL uno de los mejores escritores de habla castellana, filósofo émulo de BACON; los atildados y clásicos estilistas, PULIDO JIMENO CABAÑAS, GINE Y PARGAGAS; los eruditos historiadores profesores ESCRIBANO, de Granada, y CORRAL, de Valladolid; el eminente fisiólogo y cervantista GÓMEZ OCAÑA; el helenista GOYANES; el ensayista «SILVIO KOSTI»; el novelista Pío BAROJA, tan entendido médico como literato; MARAÑÓN, adaptador de la historia castellana a la Biología, y como hombre tan relacionado con la Medicina, no hay que olvidar que PIÑERÚA escribió excelentes novelas. Toda enumeración de los médicos españoles modernos que cultivaron o cultivan otras disciplinas que no las suyas sería inacabable, siendo de debido relieve el mérito singular historiográfico del gran historiador de la Medicina española ORTEGA MOREJÓN.

En el siglo pasado vivió y ejerció en Palencia un médico que aún conocieron gentes provecas que residen en la localidad. Era riojano, y fué a la ciudad donde se erigió, en tiempos de Alfonso VIII, la primera Universidad coetánea de las de Oxford y París, con el cargo de cirujano del Hospital de San Bernabé, acaso por designación episcopal. Parece que desempeñaba muy bien su cometido dentro de la limitación de la Cirugía de aquellos tiempos, en que los mayores atrevimientos eran alguna amputación o alguna paracentesis.

Recuérdanle los que le conocieron como de aventajada estatura, semblante serio, conversación zumbona y andar reposado. Perennemente tocado con el sombrero de copa, que caracterizaba a las profesiones liberales con la digna y perdida ostentación que ha llegado todavía hasta nosotros, gastaba amplia capa y pesado bastón con puño cincelado.

Vivía en la calle de Zapata, cuyo nombre en mal hora trocado por el de un político, evocaba el de un eclesiástico prócer de los del Renacimiento que prestigió en Palencia los tiempos del Siglo de Oro el mecenazgo artístico y la cultura de aquellos canónigos

que fueron correspondientes y colaboradores de ERASMO DE ROTTERDAM, principalmente en lo humanístico, imprimiendo a la vida y a la ciencia una risueña ironía. Su casa, que subsiste, tenía un agradable jardín con fuente central y rodeado de galería baja, propicia a la lectura reposada en los días serenos. La lectura y la eutrapelia ocupaban las horas que le dejaban libre a don FELICIANO los quehaceres facultativos. En el sosiego de esta casa, situada también en muy sosegada rúa, divisando a lo lejos el otero de Santa María, en alejado horizonte, se dedicaba cada día con más ahínco a saborear los clásicos de España, en ningún sitio mejor ambientados que bajo el cielo castellano.

Nunca se acabará de reiterar la contribución de los médicos de todas las épocas y naciones a la cultura universal, y la erudición de los bibliógrafos se agotaría antes de dar fin y remate a la catalogación de los escritos de los médicos sobre todas las ramas del saber humano, y aun en la memoria del menos letrado surgen a borbotones los nombres de los médicos merecedores de figurar en las antologías del clasicismo lingüístico, como FRACASTOR, que escribió en tan elegante latín el poema de la lúes, o el otro italiano que superó en su filosofía de la vejez el tratado *De senectute* de MARCO TULLIO. Nuestra generación se ha deleitado entre las galanuras humanísticas de los médicos de muy diversos países con las de TARDIEU, LANDOIS y TROUSSEAU.

Y en nuestro país aún nos dura el regusto literario de las publicaciones de ORTEGA MOREJÓN.

Pero lo que no podrá olvidar la historia de la cultura española es que nuestra filosofía y las ciencias teológicas del Renacimiento no tuvieron exponentes más elevados que lo que lo fueron aquel FRANCISCO SÁNCHEZ, tan anticipado a DESCARTES y a la duda sistemática, escribiendo en maravilloso tratado la coda de cuyo título es el famoso *Quod nihil scitur*, o aquella filosofía que escribiera del doctor SABUGO, que, en un extraño rasgo de amor paternal, volcó sobre el nombre de su hija doña Oliva la gloria y el provecho de su invención, o bien la ingente y universal personalidad de MIGUEL SERVET, debiendo poner también entre los precursores médicos españoles de la ciencia moderna a JUAN DE HUARTE, que en su *Examen de ingenios para las ciencias*, fundamentó el actual psicoanálisis para la determinación de las vocaciones.

Obedeciendo a estas derivaciones de los médicos, y corrientemente, los más conspicuos, hacia los campos de la Literatura, de la Historia, de la Arqueología, de las lenguas clásicas y de tantas otras disciplinas, el señor ORTEGA se aficionó a las letras clásicas españolas, deleitándose y aun obsesionándose con la lectura de la nutrida biblioteca que formó, y en la que, a términos rayanos en lo maniaco, dándole, sobre todo, por ese cervantismo que tantos *celebros* ha secado en nuestra patria, cuando un buen día cayó en sus manos un raro ejemplar de la novela cumbre de MIGUEL DE

CERVANTES. Encuadernado en pergamino, contenía la primera parte del *Quijote* en tipos y papel como los de las primeras ediciones. No tenía portada, ni el pliego de tasa, licencias ni demás fórmulas que acompañaban en el siglo XVII a los libros que se daban a la imprenta. Lo que hacía singular este volumen eran unos sucintos signos caligráficos a lo largo de todas las páginas a modo de correcciones de pruebas tipográficas. Unos eran subrayados, otros letras enmendadas y algunas llamadas marginales, entre las que destacaba algún comentario desenfadado referente al texto, como el que en el curso de una de las novelas incrustadas en el *Ingenioso Hidalgo*, en la que un personaje se queja celoso del desvío femenino. El aco- tador puso cínicamente el comentario de:

Si él las mostrara dineros,  
encontrara mil mujeres  
que le hicieran mil placeres.

No necesitó más don FELICIANO ORTEGO para creer firmemente que el libro eran las capillas de la primera edición de Juan de la Cuesta, corregidas por la mano del propio CERVANTES. Asesorado por algunos ingenios palentinos, dedujo que la desvaída letra de las enmiendas era caligráficamente de la época cervantina y homóloga a la que se conoce de puño y letra del Príncipe de los Ingenios.

El señor ORTEGO no tuvo a su disposición las primitivas ediciones del *Quijote*, pero comparó su raro ejemplar con la edición facsímil de Montaner, encontrando que es cierto que no coincidían numerosas palabras ni aun la disposición de renglones, sacando en consecuencia que su mamotreto era la definitiva redacción del *Quijote* hecha por el mismo CERVANTES, y que no llegó a tener en cuenta el impresor por ignoradas razones; pero que, a la vista de las capillas, procedía la restauración de la obra inmortal, volviéndola a como la redactó prístinamente el autor.

Deslumbrado por este hallazgo, y enloquecido por el cervantismo y suggestionado por el descubrimiento, que tenía una valoración histórica y económica, emprendió una obsesionada campaña epistolar entre eruditos y una divulgación de su tesis en la prensa de Madrid y provincias, que fué mucho tiempo la comidilla de académicos, literatos y periodistas, que no se quisieron convencer de que aquel ejemplar de ORTEGO no coincidía con ninguna de las ediciones conocidas. Los literatos madrileños tomaron el asunto más o menos en serio.

Por aquel entonces cayó en Palencia don MARCELINO MENÉNDEZ y PELAYO, que iba a recoger datos archivales para su ingente obra sobre los heterodoxos españoles respecto a las herejías palentinas.

Apeló ORTEGO, lleno de entusiasmada confianza, al veredicto del insigne polígrafo, quien no bajó mucho la mano al examen de aquel *Quijote* negándole toda importancia sin suficiente examen. El indignado estupor de ORTEGO no tuvo límites, y le indujo a publicar contra don MARCELINO un folleto henchido de las diatribas más desaforadas y pintorescas como no se le dirigieron jamás al famoso erudito, y en las que se le acusaba de vacuidad, mediocridad, ligereza e incompetencia. Cuando el que escribe proporcionó al Padre Gascón este raro folleto para completar su re- censión de obras de MENÉNDEZ y PELAYO relacionadas

con la Compañía de Jesús, el asombro del sabio jesuita no tuvo límites. Esta producción polémica fué divulgada por su autor cuando estuvo en su mano.

En 1883 dió a la estampa el señor ORTEGO, en Palencia, un voluminoso libro confeccionado por el impresor Tiburcio Martínez y titulado *Pruebas de la restauración del «Quijote»*, en el que, después de historiar su descubrimiento en estilo confuso y poco galano, en que narraba principalmente las acometidas de los mercaderes de libros, se metió a fondo en una labor benedictina de cotejo de su *Quijote* con la primera edición de Juan de la Cuesta palabra por palabra y línea por línea, agregando las enmiendas manuscritas con inusitada meticulosidad, de donde se saca la convicción de que el *Quijote* de ORTEGO no correspondía a la primera publicación, aunque, según doctos investigadores, tampoco coincide con ninguna de las ediciones primitivas de la primera parte del *Quijote*, siendo de destacar la pesada labor analítica que llevó a cabo, y cargado de razón, el médico palentino.

En 1884 se decidió a publicar un *Quijote* con todas las restauraciones logradas a través de su extraño ejemplar, y que puede ser de una tirada clandestina no muy conocida. El *Quijote* palentino salió a luz en los tórculos de Santiago Peralta y bajo la aseveración de que era el verdadero y auténtico *Quijote*, no desfigurado por los inconvenientes que rodearon todos los episodios de la vida del manco de Lepanto.

Muchos años más tarde fuimos invitados por los herederos de don FELICIANO ORTEGO el ilustre filólogo don JULIO CEJADOR y el que esto escribe, para visitar la biblioteca que conservaban de su ascendiente. Era una buena librería, en que había más libros de literatura que de Medicina, seleccionados los primeros con amor y buen gusto, reveladores de una afición absorbente. Entre ellos permanecía aún el excepcional ejemplar de la primera parte del *Quijote*, y que, a pesar de la tenaz propaganda de don FELICIANO, no había sido debidamente estimado ni justipreciado económicamente. El sabio P. CEJADOR, tan eminente cervantista, autor del vocabulario del *Quijote*, y el que esto escribe, en su modesta competencia, estuvimos conformes en apreciar que aquel venerable libro no se parecía a ninguna de las múltiples ediciones primitivas españolas, por lo que podría muy bien ser americana, portuguesa, catalana o flamenca; pero, desde luego, con nada escrito por mano de CERVANTES, sino de algún estudiante o hidalgo que entretuvo sus ocios poniéndole apostillas a un ejemplar descabado y sin patria conocida.

Sobre él gastó sus insomnios un médico con cualidades de investigador de las letras españolas. Los ojos de su poseedor se cerraron para siempre en el ensueño delirante de una ilusión incontentada y mal participada, esperando siempre una rehabilitación de su hipótesis, la hipótesis de quien pensaba, como GÓMEZ OCAÑA, que, a veces, vale más el retablo de MAESE PEDRO que los descubrimientos de CLAUDIO BERNARD.

Con la melancólica evocación de la figura y de la vida de don FELICIANO ORTEGO nos separamos de los libros que acariciara con voluptuosidad de bibliófilo.

De aquel su *Quijote* no hemos vuelto a saber más. Sería interesante una búsqueda de su rastro para completar y documentar la historia anecdótica de la cervantofilia, sobre todo en las alucinantes tierras castellanas.